aparecer, gesticulante y terriblemente amenazadora la cara fantástica del gnomo americano, articulando sin duda palabras que no se oían.

El conde bajó bruscamente el cristal y dirigió al gnomo severas palabras en una lengua desconocida para Wat. Y éste presenció entonces el espectáculo inquietante de una fisonomía que deja de reflejar la cólera, para dar paso á las manifestaciones de la más loca alegría. Luego aquella boca horrible y desdentada, que plegaba una infernal sonrisa, pronunció estas palabras « *Can itn be?* » (¿Es posible?) y la mirada del aborto tuvo una expresión de infinita ternura, y de sus ojos se desprendieron dos gruesas lágrimas.

Levantó el conde el cristal y casi al mismo tiempo reanudó el coche su marcha.

— Querido conde, — dijo con cierta timidez Filiberto, — ¿quién es ese hombre? Se lo pregunto porque le he visto esta noche pasada... Se presentó él mismo en casa del rey de las Catacumbas.

— ¡Bah! — contestó el aficionado á los loros. — *No se ocupe usted de eso...* El rey es el rey, y ése es su bufón.

XX

EN EL QUE EL LECTOR HACE CONOCIMIENTO CON LILIANA DE ANJOU, Y EN EL QUE LILIANA DE ANJOU CONOCE AL CONDE DE TÉRAMO GIRGENTI.

La aparición de Macallán á la portezuela del coche debía haber impresionado singularmente á Filiberto Wat, porque luego de las últimas palabras pronunciadas por el conde, palabras que cerraban el paso á toda nueva indiscreción, guardó profundo silencio que no quiso interrumpir hasta que el coche se detuvo de nuevo en la esquina del boulevard Malesherbes y de la calle de la Pepinière.

Eran entonces las once de la mañana.

Filiberto Wat, que miraba distraído los pasantes que desfilaban friolentos por las aceras, exclamó de pronto :

— ¿Usted no conoce al coronel Regine? Ahí lo tiene usted; ese que sale de la casa de enfrente.

— ¿Quién es Regine? — preguntó Téramo Girgenti, que parecía indiferente al honor de ver al coronel.

— ¿No recuerda usted? Pues le he hablado mucho de él. Un buen amigo mío á quien precisa conocer cuando se es de París. Ya tendré ocasión de presentárselo.

— ¿Es ese caballero que parece triste, y que pasea dos niñas?

— El mismo. Esas niñas son sus hijas, que él saca siempre de paseo cuando no tiene trabajo urgente en el ministerio de la Guerra.

— ¡Cosa más extraña! El me parece un viejo, y las niñas pueden tener un par de años...

— En efecto, las ha tenido un poco tarde; eso precisamente explica su pasión por ellas.

— Me parece mucho que usted me dijo que Regine solo había tenido una pasión en su vida...

— Sí, el juego; pero hace dos años que tiene además otra; esas dos niñas nacidas al cabo de ocho años de matrimonio.

— ¿Qué edad puede tener su señora?

— No es muy joven que digamos; pero bastante más que su marido; es parienta próxima, prima según creo, de Sinnamari, nuestro Procurador imperial.

— Sí, sí; — replicó indiferente al parecer el conde. — Ya me ha contado usted todo eso : pero mi memoria flaquea de tal modo... Regine y Sinnamari son antiguos amigos, ¿verdad?

— Compañeros de Colegio. En el de Santa Bárbara eran tres inseparables; Sinnamari, Regine y Eustaquio Grimm. Contra lo que sucede generalmente, han continuado juntos después... Una amistad verdaderamente ejemplar, la de esos tres hombres.

— Sepa usted, señor Wat, que Séneca escribió un

tratado sobre la amistad que no le sirvió para nada... ¿Decía usted que ese Regine es un padrazo?

— Como que está loco con sus gemelas. Y tengo para mí que el nacimiento de esas niñas le ha hecho cambiar bastante.

— Por de pronto le ha convertido en niñera...

Cambiando enseguida de conversación, Téramo Girgenti pidió á Wat algunos detalles acerca de la escuela de declamación de que era directora la actriz Marcela Feraud; pero Filiberto sólo habló de la presencia de dicha artista en el banquete de la plaza de la Roqueta, dándose la coincidencia de que cuanto más él se esforzaba por mantener la conversación en el único terreno para él interesante, tanto más el conde conseguía llevarla por distintos cauces. Tuvo pues que resignarse, y se limitó á enumerar los éxitos alcanzados en el Conservatorio por los discípulos de Marcela Feraud en los dos años que ésta llevaba de ejercicio como profesora.

Fué entonces cuando el conde se creyó en el deber de explicar á su acompañante que su visita á la clase de declamación no tenía más objeto que el de ver si en ella le era posible reclutar personal apto para constituir una compañía aceptable con destino á su teatro, al que construía en su propio hotel, deseoso de tener un coliseo, como otros millonarios tienen una cuadra de carreras.

Llegados que fueron á la esquina de las calles de Amsterdam y San Lázaro, el conde, que gustaba de ir aprisa, y que aun no se había impacientado, miró la hora en su reloj. Hizo lo propio Filiberto, asegurando que eran las once menos diez minutos, mientras que

Téramo por su parte afirmaba que eran las once y once minutos exactamente.

Wat hizo observar inútilmente á su compañero que como la clase tenía lugar entre las once y las doce, podían estar seguros de encontrar á Marcela Feraud, á menos que, fatigada por la noche de insomnio, no hubiese decidido suspender sus lecciones hasta el siguiente día; el conde, sin hacerle caso, apoderóse del tubo acústico é hizo saber á su cochero, por mediación del lacayo, *que tenía prisa.*

Mágica debía ser esa fórmula, y destinada sin duda á producir cierta impresión sobre el cochero, por cuanto éste, sin preocuparse en lo más mínimo del peligro que podía hacer correr á su amo y á Wat, del que él mismo corría, sin contar con el de que pudieran ser víctimas los pasantes, levantó el látigo y fustigó á los hermosos caballos bayos que costaban cuarenta mil francos, con la misma brutalidad que pudiera hacerlo un carretero.

Como consecuencia del castigo, y no obstante lo pronunciado de la pendiente de la calle de Amsterdam, el coche partió como un bólido, mientras Filiberto Wat, verdaderamente asustado, se volvía hacia el conde, quien como si nada ocurriese de particular, bajó los cristales que se encontraban cerca de él, y continuó mirando la esfera de su reloj.

Wat quiso gritar y no pudo. Era tan infernal la carrera de los caballos, que el desdichado se creyó perdido irremisiblemente, y veíase ya hecho papilla mientras Téramo continuaba contemplando tranquilamente su reloj.

¡Cosa extraordinaria, fantástica, inexplicable! No

obstante la vertiginosa carrera del vehículo, el cochero no atropelló á nadie, ni causó el más ligero desperfecto en el trayecto que media entre la calle de Amsterdam y la de Berlín. Pero al llegar á esta última, las voces de los transeuntes y un formidable choque que fué causa de que Filiberto Wat rompiese con la nariz el cristal levantado frente á él, le hicieron comprender que el temido accidente acababa al fin de producirse.

Los caballos del conde se detuvieron, como si los hubieran clavado en el suelo; y por lo que respecta á Téramo, mucho antes de que Wat se repusiera de su estupor había ya saltado del coche con la agilidad de un muchacho, precipitándose enseguida hacia otro carruaje al que el suyo acababa de hacer astillas.

Era una elegante victoria, cuya caja aparecía destrozada en tales términos que los transeuntes acudidos en socorro de las probables víctimas se preguntaban admirados cómo el coche del conde pudo quedar intacto después de haber producido tamaños destrozos.

Afortunadamente no hubo desgracias personales que lamentar. Por efecto de un fenómeno tan plausible como inexplicable, el cochero de la victoria hubo de saltar con tal oportunidad del pescante *al oir* (porque aún no podía verlo) el coche del conde que rodaba por la calle de Amsterdam con la rapidez y el ruido de una tromba, que ya estaba el hombre en la acera en el momento en que la lanza del coche de Téramo destruía en un santiamén la victoria. Fué tan instantánea dicha destrucción que hubiérase dicho que se trataba de un carruaje mágico que por arte de

brujería pasaba de su estado natural al de polvo impalpable.

Hacíase difícil imaginarse que una victoria pudiera ser cosa tan frágil, y cosa tan sólida y resistente un cupé como el del conde. Ni que las ruedas, ejes, tornillos y resortes hubiesen sido preparados con antelación para impedir que la victoria resistiese al más ligero choque, habríase la misma deshecho con más prontitud y tan en absoluto.

Digamos por último que la casualidad, que á veces es factor afortunado y otras lo es desastroso en los acontecimientos, habíase complacido en colocar la frágil victoria de modo tan desgraciado en la esquina de las calles de Berlín y de Amsterdam, que la trasera del carruaje, rebasando un poco el ángulo de la primera de dichas calles, presentaba un blanco excelente para cualquier encontronazo con otro carruaje que llegase á gran velocidad procedente de la calle de Amsterdam. En cambio operó con tal fortuna, por lo que á las personas se refiere, que el choque se produjo cuando ya de la victoria había pasado á la acera la más impresionante mujer de vida alegre que París cobijara en aquel entonces: mujer conocidísima y temible por su encanto irresistiblemente tierno y singularmente fatal. Llamábase la hermosa Liliana de Anjou.

En el momento en que la presentamos al lector, Liliana de Anjou parecía profundamente consternada. No quiere esto decir que la pérdida irremediable de su carruaje, y el triste estado en que se encontraba un soberbio bruto que, herido, hacía esfuerzos para desenredarse de los tirantes y arneses que embarazaban sus movimientos, hubieran sumido á la bella Liliana en la desesperación. Consternábala la sola idea de que si el accidente se hubiese producido con tres ó cuatro segundos de anticipación, su personita graciosa encontraríase sin duda reducida al estado de masa informe y sanguinolenta. Esta idea, en verdad poco risueña, aumentaba en aquellos instantes trágicos su natural melancolía.

De pronto observó que delante de ella un señor vestido con elegancia y de edad respetable la saludaba profundamente; y aun le pareció oír cómo aquel caballero expresaba su confusión y su remordimiento por el accidente ocurrido, añadiendo que sentíase consolado al observar que todo hubo de reducirse á daños materiales, porque jamás habría podido perdonarse si por culpa suya le hubiese ocurrido la menor desgracia á una tan linda persona.

Dejó Liliana hablar al caballero, y luego encogió sus adorables hombros cubiertos con una magnífica piel de chinchilla, é hizo una mueca ligera como si quisiera hacer comprender á aquel señor que tan bien se expresaba en francés, no obstante su marcado acento italiano, que aquello del accidente pertenecía ya á la historia antigua y que era cosa dada al olvido, de la que no había porqué ocuparse.

Sin embargo, el conde insistió, para hacerle observar que no podía quedarse sin coche ni volverse á pie á su casa, razón por la cual permitíase él ofrecerle hospitalidad en su propio cupé, y aun mejor, poner éste á la entera disposición de Liliana.

Al hablar así, Téramo Girgenti hizo una seña y su carruaje llegó hasta colocarse junto al borde de la

acera, con gran contento de Liliana que no pudo ocultar su entusiasta admiración en presencia de los dos soberbios bayos y del admirable coche.

— Si fuera usted un hombre *chic*, — dijo — me lo regalaría.

— No me atrevía á ofrecérselo, señorita, — repuso Téramo sin inmutarse. — Pero desde este momento le pertenece. Y con el carruaje y los caballos, le doy también el cochero.

Y dirigiéndose á éste, añadió :

— Temerario, desde este mismo instante quedas al servicio de esta señora.

Inclinóse el cochero en el pescante, y el conde abrió por sí mismo la portezuela.

Entonces se apeó del carruaje el bueno de Filiberto Wat, á quien Téramo había olvidado por completo, y que comenzaba tan sólo á reponerse del susto recibido que había sido de los gordos.

El banquero, que conocía á Liliana, quiso presentarla al conde, pero éste le declaró que ya estaban hechas las presentaciones. Y luego de ayudar á la joven á instalarse en el cupé, sentóse junto á ella, y dió la orden de marcha dejando á Wat asombrado en mitad de la acera.

— Marcela Feraud se va á enfadar conmigo, como si lo viera; — observó riendo Liliana. — ¡Bah! otro día daré mi lección. Ahora desearía saber dónde me lleva usted, señor... señor...

— Conde de Téramo Girgenti.

— Bonito nombre.

— ¡Bonita mujer!

Y el conde miró á Liliana.

XXI

HACIA EL PASADO

Aun cuando sólo hemos definido la belleza de Liliana de Anjou de modo algo impreciso, recordando que era tan irresistiblemente tierna como singularme fatal, el lector conoce ya bien esa belleza. Tuvimos ocasión de describirla con detalles cuando de modo misterioso penetramos en el cuarto de Roberto Pascal, pues ya entonces insistimos en los particulares de cierto retrato que, con un espejo, constituían toda la ornamentación de aquellas austeras paredes.

En Liliana de Anjou reaparecían en efecto los rasgos característicos de la dama del retrato. Ambas tenían rubios los cabellos y negros los ojos; pero lo que no se observaba en el retrato de referencia era cierta funesta melancolía, cierto aire de absoluta despreocupación, cierto aspecto de egoísmo impertinente y tranquilo, cierto desprecio de los demás, y aun de sí mismo, que parecían impresos en la frente de Liliana

en la que ya no quedaban ni vestigios de la pristina pureza.

Parecía flexible como una liana, de la que casi tenía el nombre. Su talle era una maravilla, y otra maravilla su paso rítmico. Viejos parisienses, gentes que de nada se sorprenden, habíanse enamorado súbitamente de Liliana después de encontrarla de pronto en el Bosque, al regreso del paseo, y otros habían enloquecido viéndola andar. La ondulación de su talle, la armonía de sus piernas divinas en movimiento, la encantadora lascivia de su cuerpo de diosa que deambula, menos por entregarse á un higiénico ejercicio que por alegrar las miradas de los hombres y excitar al mismo tiempo sus sentidos, todo en fin concurría en ella para encender la pasión en el hogar de los corazones más fríos, es decir, de aquellos que parecían los más helados.

Ella no se percataba de los estragos que producía con su presencia. Poco le importaba que los hombres la amasen, se arruinasen ó se matasen por ella; y sin embargo, ni uno solo de los que con ella intimaban podía decir que era mala. Era empero más terrible que si hubiese sido mala. Era indiferente. Tanto, que la sangre de los amantes que, por dos veces, tiñó la alfombra de sus habitaciones, no le produjo horror, sino la misma contrariedad que le hubiera producido una incongruencia de su perrita Mirza, si ésta hubiese manchado dichas alfombras por error ú olvido.

No : Liliana no era mala. Pero la aburrían los hombres que la casualidad había puesto en su camino.

En cambio, el conde de Téramo Girgenti, con quien acababa de trabar conocimiento, no parecía aburrirla. Tuvo tal modo de destrozar su coche y de reparar

enseguida el daño hecho, que no se hallaba sin duda al alcance de todo el mundo. Agradábanle su perfecta caballerosidad y sus cabellos blancos. Liliana gustaba de los viejos, con quienes se puede hablar. Y el conde tenía para ella sobre los demás la ventaja de que le intrigaba un poco. ¡Eran tan singulares, tan llenos de inquietante y suave autoridad los modales de aquel hombre, que ella no pudo resistir al placer de encontrarse sola con él, en el fondo del carruaje.

¡Cosa extraña, tal vez presentimiento inexplicable! Parecíale, no que aquel extranjero tuviese algo que decirle á ella, sino que ambos tenían algo que decirse mutuamente. Pero ignoraba qué. No era aquello más que una impresión, pero de las más curiosas. Observó que el conde la miraba muy serio; tanto que no pudo por menos de interrogarle, acompañando sus palabras de una de esas sonrisas vagas que habían hecho ya tantos desgraciados :

— Pero en fin, caballero, ¿qué es lo que desea usted de mí?

— Nada; — contestó Téramo. — Absolutamente nada, señora, más que el honor de acompañarla hasta su casa.

— Pero si usted no sabe dónde vivo...

— ¿Le parece á usted eso? — dijo tranquilamente el conde. — Cuando me conozca un poco mejor, señora, advertirá que yo lo sé todo.

— Es usted pretencioso. Y eso es tanto más censurable cuanto que voy á cogerle en una mentira. En este momento vamos en dirección contraria á mi domicilio.

— ¿De veras?

— Su cochero nos lleva á la calle de Moscou y yo vivo...

— En el barrio de los Campos Elíseos, ya lo sé; pero, ¿no le parece á usted que á veces resulta agradable tomar el camino más largo? ¿Quién me asegura que volveré á encontrar á usted después que la haya dejado en su casa, vamos á ver? Y el placer de hallarme en su compañía me parece demasiado precioso...

El coche se encontraba en aquel momento en el ángulo formado por las calles de Moscou y San Petersburgo, donde se detuvo.

— ¡Pero si no hemos llegado! — gritó riendo Liliana.

— Ya sé lo que es; — dijo el conde abriendo la portezuela. — ¿Usted permite, señora? Un momento no más... El tiempo de decir dos palabras á ese hombre...

El conde se apeó.

Liliana pudo ver cómo se dirigía á la puerta cochera de una casa nueva, hablando durante algunos segundos con un hombre que parecía ser el conserje; éste desapareció de pronto, volviendo enseguida con una jaula dentro de la cual había un loro.

Con la jaula en la mano regresó el conde al carruaje; dióla al cochero, y ocupó su sitio otra vez junto á Liliana.

— ¿Ha comprado usted ese loro? — preguntó ella sorprendida.

— Sí; mi cochero sabe que tengo una verdadera pasión por esos bichos. Debe haber visto ese tras la ventana de la portería, y ha detenido sus caballos

seguro de que para mí sería un placer volver á casa con ese pájaro.

— Es usted un tipo singular, señor conde; — contestó Liliana sin asombrarse de las excentricidades de Téramo, acostumbrada sin duda á verlas mayores.

Continuó el coche su camino, y al llegar á la esquina del boulevard de Batiñoles se detuvo de nuevo.

— ¿Qué es eso: va usted á comprar otro loro? — preguntó Liliana, ya algo sorprendida.

— ¿No es aquí donde vive usted? — dijo á su vez el conde señalando á un balcón que ocupaba toda la anchura del primer piso de una casa de buena apariencia.

— Atrasado anda usted de noticias, señor mío; — dijo la joven de vida alegre. — Hace ya diez y ocho meses que dejé ese piso.

Téramo, con esa calma extraordinaria que caracteriza á los espíritus superiores y á los imbéciles, contestó sin inmutarse.

— En aquel entonces hacía usted la felicidad del señor de San Roy, abogado general en el tribunal de casación.

Liliana, estupefacta, miró al conde, y le dijo hostil:

— ¿Qué puede importarle á usted eso?

— A mí, nada, querida señora, créalo usted; si aduzco ese detalle es tan sólo para convencerla de que estoy mejor enterado de lo que usted cree.

— De lo que me convenzo es de que está usted peor educado de lo que parece.

Partió de nuevo el coche al trote de sus caballos. Había dado la vuelta, y subía por el bulevard de Clichy.

— ¿Pero dónde vamos? — preguntó Liliana con evidente mal humor.

— ¡Vaya usted á saber! Cuando yo no doy la dirección, mi cochero, que le he regalado á usted con el carruaje y que le recomiendo muy particularmente, se imagina que lo que deseo es pasearme, y el hombre me pasea...

— ¿Por cualquier parte?

— No : porque no puede decirse que sea llevarnos á cualquier parte el detenernos delante de esa puerta.

Y el conde, al decir esto, señalaba la de un hotel de tercer orden de la calle Douai, ante el cual acababa de parar el coche.

Liliana hubo de reconocer la puerta del hotel, y su mal humor se convirtió en cólera repentina.

— ¿Quiere usted explicarme qué significa todo esto, caballero? — dijo alzando la voz.

— Aquí, repuso el conde siempre tranquilo, — hizo usted las delicias del pobre Bolívar, que murió por usted. Era un buen muchacho que después de apoderarse de una fortunita por él encontrada en la caja de su principal, tuvo el buen acuerdo de levantarse la tapa de los sesos, por no verse en el caso de dar cuenta de sus actos á la Justicia.

Liliana adelantó la mano para abrir la portezuela, dispuesta á lanzarse fuera del carruaje; pero no contaba con Téramo, que rechazó aquella mano delicada. Partió otra vez el coche, y la joven, á quien asustaba la siniestra evocación de su pasado, hubo de resignarse á permanecer junto aquel anciano misterioso que la amedrentaba. Ya no era cólera lo que sentía sino pavor, pavor inmenso é invencible.

— ¡Señor, señor! — gemía la joven — ¿Quién es este hombre? ¿Quién es usted? ¿Qué es lo que quiere usted de mí?

Descendía el coche á buen paso de las alturas de Montmartre, y atravesando la plaza de la Trinidad, embocó la calzada de Antin, llegó á la calle de Rivoli y atravesó el Sena por el Puente Nuevo.

Liliana con voz desfallecida preguntaba:

— ¿Pero dónde vamos por aquí? ¿Dónde vamos?

Entró el carruaje en la calle de Mazarino. Observólo la joven y le pareció que su corazón dejaba de latir; sintió que se ahogaba, y hubo de creer inmediata su muerte.

— ¡Perdón, perdón! — murmuró más muerta que viva.

El coche habíase detenido por la tercera vez, frente á frente de una casa infame, de un prostíbulo bien conocido de los estudiantes rijosos, cuya horrible puerta, pintarrajeada de rojo, comunicaba con un largo corredor obscuro.

Los dientes de Liliana castañeteaban con ruido bien perceptible, y sus rosadas uñas undíanse sin piedad en la carne exangüe de sus mejillas, mientras sus ojos adquirían la terrible fijeza de la locura.

Téramo habló.

— No me sería posible recordar con exactitud, — dijo, — qué día entró usted en esta casa. En cambio puedo asegurar que salió de ella hace tres años, el 14 de Mayo, del brazo de un hombre que hoy es amante de una tunecina apodada la Muna. El hombre que abrió á usted las puertas de esa casa se llama el conde de Costarrica.

El coche se puso en movimiento.

La joven no tuvo para su atormentador ni una palabra de reproche; no lanzó ni un gemido, ni vertió una sola lágrima. Los vaivenes del carruaje sacudíanla como una masa inerte, y su cabeza oscilaba de un lado para otro siguiendo los movimientos que le imprimían las sacudidas del vehículo. El conde no la miraba; un curioso observador hubiera podido fijarse en que aquel hombre lloraba en silencio.

¿Cuánto tiempo rodó el carruaje á través de las calles de París? Ninguna de las dos personas que lo ocupaban hubiera podido decirlo. En el interior del cupé reinaba un silencio penosísimo entre aquellos dos seres, reunidos por modo singular por el destino, extrañamente enigmático.

Cuando el cochero detuvo de nuevo sus caballos pasó el carruaje junto á un muro largo y sombrío, cubierto por tupido manto de yedra, por encima del cual podía verse la copa de algunos árboles desprovistos de verdura, y un tejado cerca de ellos, cuyas tejas desaparecían bajo la capa de nieve caída pocas horas antes. Paralelamente á este muro había otro, algo más lejos, cerrando entre ambos el jardín.

Dando vuelta á la callejuela, porque nuestros personajes se encontraban en una callejuela de esas que parece sólo pueden encontrarse en las ciudades de segundo ó tercer orden, era posible ver una casita cuadrada que tenía una extraña particularidad: la de que su techo tenía los ángulos encorvados, lo cual le daba el aspecto de un pabellón chinesco.

El conde había abierto la portezuela del coche, saltando ligeramente del mismo.

— Venga usted, — dijo á su compañera.

Liliana obedeció. Parecíale que aquel hombre, un desconocido para ella, pero que la conocía en cambio perfectamente, era su dueño y señor desde mucho tiempo antes. Sacando fuerzas de flaqueza levantóse de su asiento, y dejó el carruaje porque el otro se lo ordenaba.

¿Dónde la había llevado? Su mirada erró indiferente por aquellos parajes desconocidos. De pronto la joven se estremeció. Acababa de ver el techo chino, y hubo de llevar una mano hasta su frente, con ese ademán que parece pretender dar órdenes al cerebro para que recuerde... De su pecho se escapó un suspiro, tembló como una azogada, y tuvo necesidad de apoyarse en el brazo del conde para no caer.

— No, no es posible; — decía. — ¿Estaré yo loca?

Mirábala el conde atentamente, mientras ella seguía repitiendo.

— Loca, sí; estoy loca...

Sacó entonces el conde de uno de sus bolsillos una llave herrumbrosa, y la introdujo en la cerradura de cierta puertecilla vetusta, apenas visible en el muro, gracias á la espesa capa de yedra que la cubría casi por completo. Téramo Girgenti empujó la puerta, levantando al mismo tiempo la yedra para que pudiera pasar la joven.

— ¡Entre usted! — dijo á ésta.

Puso Liliana su planta en el umbral, pero apenas pudo ver lo que el muro le ocultara hasta aquel momento, lanzó un grito terrible y cayó de rodillas.

El conde la dejó llorar, entregada sin duda á sus recuerdos. Pasado largo rato, alzó Liliana su cabeza.

— Aquí, — dijo, — jugaba mi hermano.

— ¡Ah! — exclamó Téramo; — ¿tiene usted un hermano? ¿No sabe usted lo que ha sido de él, señorita?

El conde trataba de señorita á la misma á quien poco antes llamaba señora.

— No, no lo sé; — gimió ella. — Yo tuve un padre, una madre y un hermano... Vivíamos felices... Pero de eso hace ya mucho tiempo, mucho, mucho; no recuerdo cuanto. Y es que yo no sé nada, nada...

Era tan violenta la emoción de Liliana que no se percató de que su acompañante se hallaba tan emocionado como ella... Dijérase que para la infeliz no existía aquel hombre. No hablaba para él sino para ella misma, y si lo hacía era porque parecíale que al conjuro mágico de su voz resucitaban, presentábanse más numerosas á cada momento, las imágenes, las figuras, los momentos vividos en tiempos ya lejanos.

— Vamos á casa, — dijo avanzando resueltamente, como si de un golpe hubiese recuperado todas sus fuerzas. — ¡Vamos al taller de mi padre!

— ¿En qué se ocupaba su padre, señorita?

— No lo sé; pero recuerdo que tenía un taller, con muchas tazas dentro, muy bonitas.

— ¿Tazas dice usted?

— Sí, tazas y botellas; ¡qué sé yo! Eran cosas que yo no vi nunca en ninguna parte más que allí... Ahora recuerdo que á veces el taller nos daba miedo.

— No comprendo...

— Sí; mi padre encendía sus grandes hornos y entonces oíamos un martilleo espantoso; mi hermanito decía que papá fabricaba oro... Sí, eso es, ahora me acuerdo.

Entraron en la casa, deteniéndose un momento en el corredor.

— ¡Lo que hemos jugado aquí! — dijo ella. — Mi hermanito hacía rodar sus bolas. Esta es la escalera en cuyos peldaños alineaba sus soldados de plomo. Luego venía á colocarse aquí, donde yo estoy ahora, con una silla que tomaba en la cocina; ataba un cañoncito á la silla, y venga bombardear á sus soldados. Yo recogía las balas que eran guisantes secos... ¡Cosa más particular! Ahora voy acordándome de todo, hasta de las cosas más nimias... ya ve usted, de los guisantes.

Visitaron luego el taller, el comedor, las habitaciones, todo en fin, y en todas partes revivió ella el pasado como si se tratase del día anterior. Hubiérase dicho que nada había cambiado allí, que los muebles ocupaban cada uno el sitio de costumbre. Las sombras de su padre, de su madre y de su hermano seguían á Liliana en su dolorosa peregrinación, y parecía como si le hablasen del ayer lejano. Y ella oíalas complacida, y lloraba dulcemente. Lágrimas de dicha brotaban de sus ojos antes tan secos. Parecíale muy natural que el jardín, y la casa y la escalera y el patio no hubieran cambiado ni poco ni mucho, que hubieran continuado tal y como el recuerdo se los revelaba... Vivía en un sueño que no alcanzaba á explicarse. Sentíase vuelta á la niñez, y preguntábase porqué todas aquellas cosas que estaba viendo hubieron de desaparecer, y porqué reaparecían de nuevo...

Fué el conde quien le hizo observar que era cosa en verdad sorprendente que encontrase en la casa

todo en su sitio, como si su padre se dispusiera á entrar en ella.

— ¡Oh, sí, señor! Más que extraño es maravilloso. ¿Usted no sabe de quién es ahora esta casa? Sí; usted debe saberlo, puesto que me ha traído aquí. Lo pregunto porque desearía comprarla.

— Esta casa me pertenece, — respondió el conde, — y se la regalo á usted.

— ¡Gracias, gracias! Es usted la bondad en persona. Pero ¿quién es usted? ¿Qué misterio le rodea? Hace un momento le odiaba, y ahora, por haberme traído aquí...

El conde la interrumpió.

— Pregunta usted quién soy, y yo no lo sé; — dijo.

— ¿Cómo puede ser eso? Si es que no quiere decírmelo, guarde su secreto. Pero todo se aclarará; — añadió Liliana sacudiendo la cabeza.

— Y usted, ¿sabe acaso quién es? — preguntó el conde tristemente. — ¿Sabe usted cómo abandonó esta casa, la plácida dicha de un hogar, y á unos padres cariñosos á los que nunca ha vuelto á ver? ¿Sabe usted porqué en vez de seres humanos que se adoran y sonríen á la vida no hay en este sitio más que sombras y fantasmas, esas fantasmas y esas sombras que evocaba usted hace un momento?

— No; — dijo ella. — No sé nada. Mi desgracia es grande, tan grande, que creía ser la única en la tierra que hubiese olvidado su personalidad.

— ¿Pero no se acuerda usted de nada? ¿Ni de cuando se fué, ni porqué, ni cómo, de nada en fin?

— No, no; de nada, ya lo he dicho. Con seguridad

he sufrido disgustos que me parece perturbaron algo mi razón. Creo que mis padres murieron, aun cuando no estoy muy segura de ello... Además, he tenido la fiebre tifoidea, y dicen que es muy mala para la memoria. Pero... ¿qué es eso, llora usted? ¿Por qué está usted llorando? ¿Es posible que el relato de mis desventuras le conmueva hasta el punto de hacerle verter lágrimas? Si es usted pariente mío, dígamelo, aun cuando parentescos como el mío no son de los que honran. Pero por eso mismo yo le prometo no decírselo á nadie; ¿me oye usted? Guardaré bien el secreto. Si algo sabe usted, dígamelo por lo que más quiera en el mundo. ¿Para qué me ha traido usted aquí, si no quiere decirme nada? Vamos á ver, ¿por qué llora usted?

— Yo no soy para usted nada más que un amigo; — declaró Téramo Girgenti. — Un amigo desconocido...

Volvióse un poco para disimular la emoción que le embargaba. Luego prosiguió:

— ¿Me cree usted amigo suyo, Liliana?

— Sí, señor, lo creo.

— Pues si lo cree usted, tenga confianza en mí. Dígame usted el nombre de su padre. ¿Cómo es que aun no me lo ha dicho?

— ¡Porque lo ignoro en absoluto! Le juro á usted que no lo sé. Verá usted; todo lo que sé es que una gitana vieja, de Marsella, me encontró en la calle. ¿Cómo me hallaba yo en Marsella? Tampoco sé nada de eso; pero sí recuerdo que tuve el tifus, que anduve entre la muerte y la vida, y que salí por fin del paso... Y ahí tiene usted todo lo que sé.

— ¿Me lo jura usted, Liliana?

— Se lo juro.

Fué tan hondo, tan doloroso el suspiro que se escapó del pecho de Téramo Girgenti que la joven, apenada, le tomó una de sus manos.

— ¡Oh, amigo mío, usted sufre! — le dijo con dulzura.

Téramo Girgenti, sin contestar, la arrastró fuera de la casa, conduciéndola hacia el sitio en que, según ella recordara, había construído su padre en otros tiempos una casita de madera, á la sombra de unos tilos. Llegados allí levantó él la yedra tupida y señaló una misérrima construcción de madera en la que resultaba imposible la entrada á menos de agacharse.

— ¿Qué veo? — dijo ella — ¡*Nuestra* cabaña!... Entremos.

— ¿Cómo *nuestra?* preguntó el conde.

— Usted dispense, caballero. Sin saber porqué, me he figurado por un momento que era usted mi hermano ¿seré tonta? y que me llevaba usted de la mano á esa cabaña...

Entró Liliana, y dióse enseguida á palmotear con infantil alegría.

— ¡Digo, pues si está aquí su pala!... Y mi rastrillo... Venga usted, venga usted, caballero. Tome usted esa pala con la que *él* cavaba mi jardín para plantar los pies de violetas que traía mamá del mercado...

— ¿Quién es *él?* — preguntó el conde cuya mano temblaba sobre la pala, al lado de la de la joven.

— ¿Quién ha de ser? mi hermano.

Y de pronto, como si recordase :

— ¿Qué habrá sido de mi hermano? ¡Dios mío, muerto tal vez! Sabe usted que es una desgracia horrorosa esto de no saber nada; de tener que decirse que muerto ó vivo para mí es lo mismo, porque no sé su nombre...

— ¿Cómo, hija mía, — preguntó el conde; — no recuerda usted el nombre de su hermano?

— ¿Qué tiene eso de particular, caballero, si ni siquiera recuerdo el mío, y eso que he procurado recordarlo muchas veces?

— ¡Oh, hija mía, hija mía!

— Dice usted eso de un modo, caballero... Solo un padre puede compadecer así á sus hijos. Y sin embargo, yo sé, mejor dicho, *siento* que usted no es mi padre.

Inclinóse Téramo Girgenti hacia Liliana, y en voz muy baja murmuró á su oído :

— ¡Clotilde!

La joven, al oír este nombre, contestó lanzando en un grito del alma las sílabas de otro.

— ¡Roberto!

Y como poseída de delirio, abrazó las rodillas del conde y arrastrándose por la gleba endurecida del jardín, parecía dirigir al anciano una súplica tan fervorosa que más que tal dijérase plegaria. Parecíale á Liliana que al escuchar el eco de aquellos dos nombres, que tan alegremente resonaran en otro tiempo entre aquellos muros, iban los árboles á reverdecer, á mostrarse la primavera, á cobrar animación la casita silenciosa, á romper en fin los muertos las losas de sus tumbas para presentarse allí, en aquel instante, con todas las apariencias de la vida.

... ¡Roberto! ¡Clotilde! Lilíana creía ver, *creía oir*, al niño y á la niña.

¡Clotilde! ¡Roberto! Sí; ahora recordaba que ella se había llamado Clotilde. ¡Y qué pronto, al oir su nombre, hubo de recordar el de su hermano! ¡Cómo había contestado enseguida! ¡Qué espontáneamente surgió ese nombre de su corazón y de sus labios!

Y era él, precisamente aquel desconocido, quien pronunciara la mágica palabra.

¡Ah! ¡Cómo temblaba su mano, la de él, al encontrarse con la de la joven, bajo la pala descubierta en la cabaña! ¿Por qué, ahora que ella le suplicaba que hablase, que dijese algo más, por qué huía, por qué pálido y en silencio se apoyaba contra el muro?... ¡Ah! si no la hubieran intimidado aquellos blancos cabellos!

— Puesto que no puede usted ser mi padre ni mi hermano, — dijo ella tras largo silencio que parecía haber aproximado aún más sus dos almas, — ¿quién es usted? De aquí no he de salir sin saberlo.

— Soy un enviado de su hermano de usted, — dijo el conde.

— ¿Según eso, vive? — preguntó ella. — ¡Gracias, Dios mío!

— Vive, sí.

— ¡Oh, lléveme usted á su lado cuanto antes! Se lo suplico; se lo ruego.

— Día vendrá en que la lleve á usted hasta él, Liliana.

— ¿Pronto?

— Pronto.

— ¿Qué hacer mientras llega ese día?

— Nada, Liliana, nada.

— ¿Donde veré á mi hermano, caballero? preguntó ella, febril, ansiosa.

— Lo verá usted en mi casa, en casa del conde Téramo Girgenti, la noche misma en que celebre la fiesta de mi instalación en el hotel de los Campos Elíseos. Será una gran fiesta, Liliana, — añadió el conde con voz que la joven no pudo reconocer de tan cambiada; — sí, una gran fiesta para los vivos... ¡y también para los muertos!